

me desprecia y me lanza como á un lacayo. Voy para hablar de mi amor, y me echan en cara mi oficio; solicito un consuelo para mi corazón, y me piden la tarifa de mis lecciones. ¡Y decir que Anita quizá se avergüenza ya de mí! Yo me tengo la culpa. ¿Quién me hizo intentar un imposible? Nunca debí salirme de mi esfera. Al amarme, la duquesa se denigra, y si enviudara no se atrevería á casarse conmigo.

La frente de Jaime se cubrió del rubor del orgullo herido.

—Sí, continuaba mi amigo, soy de la madera de que se hacen los amantes á la ventura y á hurtadillas, pero no de aquellos de que una dama hace público alarde y se convierten luego en maridos. Yo mismo no consentiría en unirme en matrimonio á la duquesa aun cuando ésta fuese libre y quisiese tomarme por esposo; no, me sentiría humillado por su fortuna, y el apellido que yo le llevaría, y que no parecería sino que yo se lo vendiese, no reemplazaría al que ella ostenta en la actualidad. Anita no sería la señora de Feuil, sino yo el marido de la duquesa. Así es que sobre los obstáculos que los demás levantan entre los dos, habría los que hallaríamos nosotros mismos. Ea, es preciso que abra los ojos de la razón, es menester que me cure y que olvide á toda costa. Tenía razón el príncipe. ¡Valor! vivamos como antes, en medio de una sociedad á la que honro frecuentándola, y no entre gentes que, al admitirme, crearían honrarme á mí; trabajemos, aceptemos sin vacilaciones nuestra posición de artista, ganémonos el pan cotidiano, procuremos ser dignos y crearnos un nombre, tengamos talento sin ambiciones ridículas, amantes sin amor formal; y cuando esté hartado de esa vida, si encuentro la hija de un menestral que quiera ser mi mujer, casaré con ella. Entonces dirá de mí la gente que he llenado mi carrera.

Después de una serie de reflexiones como las que acabamos de transcribir, sentimos impulsos de volvernos misántropos. Cobramos odio á la sociedad y nos encerramos en nuestra casa, resueltos á no salir más de ella. Que es lo que hizo Jaime; el cual pasó dos días sin poner los pies en la calle y sin recibir á persona alguna. Esto, sin embargo, no quiere decir que se dedicara al trabajo; no, señor. La inspiración, vocablo viejo y sin valor de que con permiso de

ustedes voy á servirme una vez más, nunca visita al alma en la que aun palpita un dolor, sino que aguarda que éste haya pasado á la categoría de recuerdo, lo que no rezaba con Jaime, que lo único que hizo fué pensar, al mismo tiempo que ponía todo su conato en no hacerlo. Sí, señor, Jaime sacó del cajón donde las conservaba, las cartas de la duquesa para quemarlas; pero volviolas á leer y las indultó; luego decidió concluir con lo pasado, y se dispuso á destruir el retrato de Anita; pero antojósele que aquel trozo de cartulina murmuraba: «¿Qué te he hecho yo?» que los ojos de la figura se llenaban de lágrimas y que aquella boca se sonreía, y después de pasarse una hora contemplándolo, lo besó como pudiera haber besado el original; y por último, al ver que la soledad, en vez de acabar con los recuerdos, los avivaba, vistióse y salió de su casa sin rumbo fijo.

XXVII

Al día siguiente, y á los tres de no haber visto á Jaime, me fui á su casa, de la cual faltaba desde la víspera. ¿Dónde podía estar? Al día subsiguiente tampoco había acompañado. En verdad que aquel mi amigo era, por las emociones que causaba, hombre para apurar en ocho días la amistad de veinte Pilades. Por fin, al tercero día, por la mañana, se presentó en mi casa hecho un bandido.

—¡Hola! ¿de dónde vienes? le dije.

—De casa de una mujer.

—¡Cómo! ¿después de tres días!

—Sí.

—Estás loco.

—Ni por pienso.

—¿Y qué mujer es esa?

—Una mujer muy hermosa.

—Y amante tuya ¿no es eso?

—¡Vaya!

Me restregué los ojos; parecióme estar soñando; luego miré á Jaime, y noté que tenía la vista encendida y las mejillas enrojecidas por la fiebre.

—¿Y dónde has encontrado á esa mujer? le pregunté.

—En Asnières.

—¡En Asnières!

—Sí, en el baile.

—¿Tú has estado en el baile de Asnières?

—¿Y por qué no? Encontré á dos amigos que allá se dirigían, y con ellos me fuí. En una alameda se estaba paseando una mujer que llevaba por toda compañía su pomposo peinado; la convidamos á cenar, aceptó, la enamoré, la acompañé á su casa, y hace dos días que en su habitación me hospedo. Ea, ¿te vienes á almorzar con nosotros? para eso he venido.

—Con toda formalidad te digo que me das lástima, Jaime, repuse. Vamos á ver. dime lo que te pasa, á menos, te lo repito, que no se te hayan trastornado los sesos.

—Es lo más natural eel mundo. ¿Te figuraste, por ventura, que yo nunca jamás volvería á tener amante? Eres muy cándido. ¿Acaso podemos vivir sin amor? ¡Es una cosa tan buena!

Me sería imposible dar una idea del tono con que mi amigo pronunció esta última frase.

—Créeme, estás enfermo, vete á tu casa y acámate, le dije cogiéndole una mano, que la tenía húmeda y quemante.

—¿Te vienes á almorzar con nosotros? ¿Sí ó no?

—No.

—Adiós, pues, repuso Jaime encaminándose hacia la puerta.

—¿Has recibido malas noticias?

—¿De quién? preguntó mi amigo dando media vuelta.

—De la duquesa.

—No; ni siquiera pienso ya en ella.

—¿Que ya no piensas en Anita?

—No.

—Es imposible.

—Pues es como digo. ¡No estaría bueno que ahora me aconsejases que pensara en ella después de haber hecho lo mismo para que la olvidara! Olvido; ¿qué más quieres? Ea, por última vez, ¿te vienes á almorzar con nosotros?

—Ya te he dicho que no.

—Si te decides, en mi casa nos hallarás.

Dichas estas palabras, Jaime se fué canturriando.

¿Qué significaba aquello? Mi amigo me ocultaba algo, y abandonarle en el estado en que se hallaba era infinita-

mente más peligroso para él que el dolor más punzante. Así, pues, me encaminé á casa de aquél. ¡Señor! ¡qué gritos, qué risotadas se oían desde la puerta de la habitación de Jaime y se desparramaban por el edificio! Era tal el ruido que metían dentro, que me vi obligado á llamar dos veces para que me oyeran. Por fin, acudió al llamamiento un criado. Para aquel día, el salón había sido transformado en comedor, á fin de proporcionar más espacio á los convidados. El centro lo ocupaba una mesa á la que estaban sentadas tres mujeres, ó más bien tres mozas del partido, dos jóvenes y Jaime. Allí eran de ver los vestidos desabrochados, las botellas derribadas, los manteles manchados de vino, los platos por los suelos, y de oír los gritos y los tuteos. Aquello era lo que la gente de su casa llama una orgía, pero una orgía diurna, lo que es aún más triste.

Al entrar yo en aquel aposento, Jaime estaba abrazado á una de aquellas mujercuelas y no advirtió mi llegada; pero uno de los jóvenes, al verme se levantó. Al fijarme en él le conocí: era Vladimiro.

¡Vladimiro en casa de Jaime! había para dudar de la realidad.

—¿Cómo está usted? me preguntó el ruso con su voz más melosa y casi asumiendo los deberes de amo de la casa al indicarme asiento.

—Muy bien, gracias, respondí, acercándome á Jaime que, por estar vuelto de espaldas á mí, aun no me había visto.

—Jaime, dijo entonces Vladimiro, ¡eh! ¡Jaime! vuélvase usted.

—¿Conque por fin te has decidido? profirió Feuill, enhorabuena; siéntate y almuerza, pero llegas un poco tarde.

Era imposible retroceder. Sin embargo, me devoraba el más profundo disgusto al ver profanada aquella pieza adonde más profundo concurría la duquesa y á la que ésta tan á menudo llenara de flores, que eran á la sazón los únicos huéspedes de Jaime. No me habría sido posible ponerme al diapason de la alegría general, alegría que rayaba en la borrachera, y que interrumpida momentáneamente por mi llegada, se anudó con nuevo escándalo.

En medio de aquella infernal batahola, recordé nuestros almuerzos con Anita, sencillos y animados, con esa alegría que arranca del corazón, durante los cuales los dos aman-

tes únicamente cruzaban á hurtadillas alguna mirada ó furtivos apretones de mano que yo fingía no ver. Pero, pese á los esfuerzos de Jaime, aquel eco debía llegar hasta él, ya que hasta mí venía. Sin embargo, á mi parecer lo más insultante para la memoria de Anita, era la presencia de Vladimiro en aquella casa. No cabía duda, aquel hombre era el autor de lo que allí pasando estaba.

—Mira, profirió Jaime presentándome á la mujer con quien estaba conversando en un rincón, si á eso puede llamársele conversar, mira y dime si en tu vida has visto cosa más mona.

Y echando atrás la cabeza de aquella mujer, le abrió la boca y me mostró, entre dos labios rojos y libertinos, dos hileras de dientes iguales, húmedos y blancos como la nieve; luego le desabrochó el cuerpo, del que surgieron dos hombros marmóreos, y, por último, le levantó un poco la falda y descubrió un pie maravilloso calzado de zapatillas color de rosa, y la mitad de una pierna cubierta de una media finísima y ajustada, que hacía resaltar su forma correcta y provocante. En efecto, era aquella mujer una hermosura, pero hermosura inútil y propia únicamente para el placer de un instante.

—Así soy, repuso la moza, quitándose de los brazos de Jaime y escanciándose hasta el colmo un vaso de champaña; otro tanto querrían poder decir las damas de alto copete.

—No hablemos mal de las aristócratas, profirió otra de las mujercuelas levantándose, pues Jaime se pirra por ellas.

—¡Bah! atajó la primera, todas están en el hueso.

—No digo que no; pero eso no quita que él las camele; ¿no es verdad, Jaime?

—¿Qué? respondió éste, que no podía discernir lo que le decían en medio de aquel infernal ruido.

—No es verdad que te pirras por las aristócratas?

—Que te calles, ¿oyes?

—¡Como si yo no supiera la historia! ¡Silencio señores! voy á referir los amores de Jaime y de una aristócrata. Fíjense ustedes...

—Date un punto en la boca, exclamó Vladimiro levantándose, no sabes lo que te dices.

—¡Otra te pegó! tú mismo me la contaste.

—¡A la salud de Jaime, señores! gritó entonces el ruso para atajar las indiscreciones de su vecina.

El brindis de Vladimiro se perdió en medio de aquella baraúnda; sólo respondieron á él dos ó tres manos. En cuanto á Jaime, estaba medio borracho y nada oía.

En esto entró el criado con una carta en la mano, y preguntó dónde estaba su amo.

—Allí, respondió la última mujer que había hablado é indicando el extremo opuesto de la sala, adonde el criado no habría podido llegar á causa del desorden de los muebles y de las botellas que sembraban el suelo. ¿Qué quiere usted de él?

—Han traído una carta y aguardan respuesta.

—Venga acá, ya se la daré yo, repuso la indicada mujer tendiendo la mano por encima de la mesa y tomando la carta. Luego, acercóse á Jaime, y le llamó por tres veces.

—¿Qué quieren de mí? profirió por fin mi amigo.

—Carta para ti, respondió la mujer tendiéndosela.

Pero en el instante mismo en que Jaime alargaba la mano, la mujer de quien él me mostrara algunas de las prendas físicas, su nueva amante, se levantó sobre el sofá y se apoderó de la carta, diciendo:

—¡Jum! esta carta es de mujer.

—¿Qué estás charlando ahí? ¿acaso recibo yo cartas de mujeres? repuso Jaime.

—Por lo que pueda tronar voy á leerla.

—Dame acá esa carta.

—Una vez la haya leído.

Aquella mujer abrió la carta y se puso á leerla, sin que Jaime, que no sospechaba que la carta encerrase verdadera importancia, opusiese otra objeción que repetir de tiempo en tiempo: «Dame esa carta.»

Pero yo, que tenía no sé qué presentimiento y no perdía ademán alguno de la lectora, vi que ésta se metía en el bolsillo un papel que venía incluido en el primero. Leído que hubo el cual, aquélla lo arrojó sobre la mesa y abrió precipitadamente el segundo, del que dejó caer el sobre, que yo recogí y en el que leí: *Suplicada*, palabra que indudablemente la trazara la mano de la duquesa.

—Toma inmediatamente esa carta, ya ves de quién es, dije á Jaime mostrándole el sobre.

Mi amigo, al conocer el carácter de letra, palideció y gritó á la moza, que continuaba en pie sobre el sofá y se

parada de él por dos personas que, naturalmente, le impedían llegar hasta ella.

—Te prohíbo que leas esa carta; dámela ahora mismo.

—Todavía no he leído ni una palabra; vaya una letra más perra; aguarda un poco.

Jaime se abalanzó á su amante.

—¡Ca! no la conseguirás, profirió ésta, que había advertido el movimiento. Es de una mujer y quiero leerla.

—¡Dame esa carta! rugió Jaime.

—No me da la gana.

Feuil, de quien empezaba á señorearse la cólera, saltó sobre el sofá y cogió de la muñeca á aquella individua con fuerza que la hizo chillar.

—¡Ah! ¿así lo tomas? exclamó la agredida cogiendo con la mano libre la carta; pues no la conseguirás, te lo juro.

Y estrujó con los dedos el papel y lo desmenuzó á dentelladas antes que Jaime pudiera oponerse.

Mi amigo, fuera de sí, entabló una lucha vergonzosa con aquella mujer, á la cual quería arrancar los pedazos de la carta; pero la moza era fuerte y oponía una resistencia tan tenaz, que arrastró consigo, desde el sofá al suelo, á su adversario, y desasiéndose de él, se acercó apresuradamente á la ventana y arrojó á la calle los pedazos de papel que el viento esparció en todas direcciones.

Jaime, que comprendió la inutilidad de proseguir la lucha, abrió la puerta de su cuarto y volvió á cerrarla tras sí.

No hay para qué decir que aquella escena puso un candado en la boca de todos los presentes, que no sabían qué actitud tomar.

En esto volvió á entrar el criado, que se había salido por unos instantes, y pidió la contestación.

—Di que ya la enviarán, repuse, mientras retiraba de la mesa la carta que acompañara la de Anita.

Entretanto, las mujeres se habían puesto sus sombreros y sus manteletas, y, cuchicheando, se disponían á marcharse.

—Si vuelvo á poner los pies en esta casa, que me ahorquen, profirió la heroína de aquel incidente.

—No tienes razón, la carta era suya, le dijo una de sus amigas.

—¡Vete noramala! replicó la primera enjugándose la sangre de su muñeca lastimada.

Vladimiro no chistaba, al igual que el tercer convidado,

que, por lo demás, durante el almuerzo no había dicho esta boca es mía.

Diez minutos después, toda aquella escogida sociedad estaba fuera, dejándome á mí solo en medio de los restos de aquel malhadado almuerzo.

Entonces llamé al criado y le ordené que pusiese en orden los muebles é hiciese desaparecer cuanto antes los vestigios de aquella deplorable reunión; luego entré en el cuarto de Jaime, á quien hallé deshecho en lágrimas y con el rostro escondido en su pañuelo.

—¡Soy un infame! murmuró mi amigo tendiéndome la mano.

—Lo pasado ya no tiene remedio, le dije; toma la carta que incluía la de la duquesa; léela y quizá te ayude á reparar esta desgracia.

—Es de la dama de Pless, que continúa en Carlsbadt, me dijo Feuil después de haber leído la carta, me la envía por conducto de un su amigo que ha venido á París, al cual me recomienda que entregue mi contestación, si la hay. Pero ¿dónde hallar al amigo ese si la carta no reza cómo se llama ni me da su dirección? Además, ¿qué contestar y cómo confesar la visita de aquél? ¡Oh, bondadosa Anita! continuó Jaime, ella se acordaba de mí, en tanto que yo...

A mi amigo le parecía estar viendo continuamente remolinearse en el aire los desdichados trozos de papel que consigo se llevaran la única dicha de que él hubiera disfrutado de seis semanas á aquella parte, la única que tal vez le habría sido dado gozar en mucho tiempo.

—Dios me castiga por mi crimen de haber vuelto á ver á Vladimiro, profirió Jaime levantándose.

—Al grano; ¿qué hacía aquí ese ruso después de lo que entre tú y él ha pasado?

—¡Era tan honda mi desventura! repuso Feuil dando un suspiro. Resuelto á destruir los recuerdos, la esperanza y la fe que todavía quedaban en mí, me dirigí á ese hombre.

—Tú mismo fuiste á encontrarle?

—No, le encontré en el baile de Asnières, é hice lo que él quiso; estaba allí con las mozueltas que has visto en el comedor hace poco, y cuya presencia, en lugar de irritarme, me hizo reflexionar. Sufriendo yo, como sufría, por la mujer respecto de la cual él intentara ponerme en antecedentes, parecióme que le había tratado injustamente, y sólo me

acordé de que él sabía acerca de aquella mujer muchos por menores que yo ignoraba aún, y que, de serme conocidos, quizás acabarían de curarme. ¿Adivinó Vladimiro mi pensamiento? Puede que sí. Sea lo que fuere, lo cierto es que él me miró con ojos de amigo, y que habiendo indudablemente leído en mi rostro las disposiciones bastardas en que yo me hallaba, y proponiéndose triunfar de mis últimas vacilaciones, vino hacia mí con ademán de franqueza, y me dijo:

—Ea, venga esa mano y pelillos á la mar. Yo no le llevo á usted ojeriza alguna, al contrario, le quiero muy de veras.

Estreché la mano del ruso, no sin remordimiento; pero se la estreché, tal era mi sed de oír hablar mal de Anita. Diez minutos después conseguí que habláramos de ella. El ruso me contó entonces la historia de la duquesa y de su primer amante. Según Vladimiro, Anita, obligada á seguir á su esposo á Rusia, arrastró en pos de sí á aquel joven, como hiciera conmigo, ni más ni menos. La única diferencia estribó en que habiendo la duquesa conocido, á su llegada á Rusia, á Vladimiro, consiguió de éste que enviara su propio pasaporte al joven, que se quedara en la frontera, también como yo. De ahí la gratitud de Anita para con Vladimiro. Los dos amantes pasaron dos meses juntos en San Petersburgo, sin que sus amores trascendiesen. Interin, Vladimiro había permanecido oculto para que no se descubriera la superchería del pasaporte; lo cual era una abnegación llevada hasta la imprudencia; porque, de descubrirse, podía muy bien haberle costado la deportación á Siberia. Ahí el favor que Vladimiro hiciera á la duquesa, y que ésta tuvo empeño en que yo lo ignorase, y ahí también por qué Anita me indispusiera con el ruso. Pero ahora que yo sabía el poco caso que debía hacer del amor de aquella mujer, ya no había para qué guardar rencor á un hombre que no cometiera más falta que la de querer avisarme. Añade á lo dicho el recuerdo de los otros lances acaecidos á Anita y mi predisposición á dar crédito al mal, y comprenderás que al fin de aquella velada quisiese yo aturdirme á toda costa, que me llevara conmigo á la mujerzuela á quien por poco estrangulo hace un rato, y por qué has encontrado aquí á un hombre al cual quise matar hace dos meses, y que mañana quizás anhele otra vez acabar con él. ¡Qué pobre y misera condición la del hombre! Pero soy causa de

una infamia, me toca repararla. Debo saber qué decía esa carta estimadísima que he dejado hacer añicos por una cualquiera; esa carta, de la que no he podido leer ni una sola palabra, y de la que es probable que Anita aguarde la respuesta contando los minutos; y debo saberlo, porque quizás era nuncio de una dicha, ó precauteladora de algún peligro, ó invocaba mi auxilio. No hay vacilación posible; parto para Carlsbadt para ver á la amiga de la duquesa, á la dama de Pless, la cual, sabiendo, como sabe, dónde está Anita, me lo dirá, y así podré escribirle.

Ni siquiera intenté disuadir de aquel nuevo viaje á Feuil, pues tras lo que acababa de pasar, comprendí aquel nuevo sacrificio á su amor, y que tuviese empeño en reparar, en lo posible, la mala acción que inconscientemente cometiera.

Jaime, que quería ponerse en camino aquel mismo día, y yo, salimos para informarnos de las horas de salida de los trenes, y á poco vimos una mujer que, al conocernos, se levantó el velo y vino hacia nosotros: era Isabel, en cuyo rostro se traslucía la más profunda tristeza, amén de haber enflaquecido notablemente desde nuestra última entrevista.

—¿Conque vuelve usted á vivir en París? le preguntó Jaime.

—Sí; ahora iba á casa de usted. Es usted un ingrato; desde su regreso no me ha hecho usted más que una sola visita, y, francamente, como estaba en zozobra, iba á saber de usted. Hace usted mal en olvidar á sus amigos, sobre todo cuando están tristes.

—¿Qué nuevo contratiempo le pasa á usted?

—Estoy dolorida en el alma.

—¿Sin descanso?

—Sin descanso.

—Entonces podemos darnos las manos, porque, en este punto, de usted á mí no va diferencia alguna. Salgo de París.

—¿Otra vez?

Jaime contó sucintamente la causa de su partida á Isabel, para la cual mi amigo no podía tener secretos.

—¿Podemos subirnos á su casa? preguntó la de Norcy después de algunos segundos de reflexión.

—Sí, ¿por qué?

—Subamos, tengo que hablarle á usted.

Ya en la habitación de Jaime, y después de haber tomado

asiento en el sofá del salón, la de Norcy preguntó á aquél si partía para Carlsbadt.

—Sí, respondió Feuil.

—¿Para abocarse usted con la amiga de la duquesa?

—Precisamente.

—¿Y para tener noticias?

—Para nada más.

—¿Y luego se propone usted regresar?

—Inmediatamente.

—Bueno, deme usted una carta para esa dama.

—¿A usted?

—Sí, voy á llevársela yo misma.

—¿A Carlsbadt?

—A Carlsbadt, y partiré esta tarde. Y advierta que no le hago un favor á usted, sino que se lo pido. Me es de todo punto necesario salir de esta ciudad, ausentarme por espacio de algún tiempo para evitar una enfermedad ó una desgracia. No sabía adónde ir, y, por tanto, la ocasión no puede ser más oportuna, ya que al ponerme en camino me dirijo á un punto determinado. Es preferible que usted se quede en pro de su trabajo, de su madre y aun de la duquesa misma, que le anunciaba á usted, quizá, su regreso en la carta esa de que no ha podido usted enterarse, que puede llegar mañana, ó que es fácil le escriba á usted de un momento al otro, y á la cual le sería á usted imposible contestar como se encontrase lejos de París.

—¿Habla usted con toda formalidad?

—Con toda formalidad.

—Pero ¿cómo encontrará usted á la dama esa?

—Me dará usted su filiación; y como no hace mucho tiempo que vive en Carlsbadt, y es y procede de Viena, no me costará mucho dar con ella; nada tema usted. Puede que yo esté destinada á preparar el desenlace de su historia en esos amores, porque no puede ser que únicamente el acaso me haya conducido hoy á esta casa, en la disposición de ánimo en que usted y yo nos hallamos. Ea, aprovechemos el tiempo: escriba usted la carta que le he pedido, la tomo, me voy á arreglar mi maleta, y esta tarde me pongo en camino. Eso sí, le recomiendo á usted que no diga dónde estoy, sea quién fuere el que se lo pregunte.

Yo, que deseaba que Jaime no partiera, apoyé la proposición de Isabel, y aquél acabó por aceptar.

Por la noche, á las ocho, acompañamos á la de Norcy á la estación, donde un mes antes ella acudiera para despedir á Jaime.

—Hasta luego, nos dijo Isabel, partiendo sin apariencia alguna de pesar, sin volver atrás la mirada, casi alegre.

Tenía razón la de Norcy: Jaime, al proporcionarle coyuntura para salir de la capital, le había hecho un señalado favor, pues su nueva existencia era ya insostenible.

Llevados por los acontecimientos que personalmente atañían á nuestro héroe, hace mucho tiempo que no hemos hablado de Isabel de Norcy; por lo tanto, y por más que una que otra palabra puede habérselos dado á suponer, el lector ignora los resultados de la visita que la joven debía recibir el día siguiente del en que comí en su casa, cuando Jaime estaba todavía ausente. Este es el momento de darlos á conocer, interin llegan las noticias que aquélla debe enviarnos desde Carlsbadt.

Jorge, en cumplimiento de su promesa, fué á ver á Isabel, la cual, no bien le vió entrar, le echó los brazos al cuello y le dijo en medio de un raudal de lágrimas:

—¡Por fin!

Ni un cargo dirigió la de Norcy á su antiguo amante; al contrario, era tal el gozo que sentía, tan honda la dicha que le daba el perdonarle, que se hizo culpada y le pidió perdón.

—¿Verdad que no me guardas rencor alguno? dijo Isabel á Jorge. ¡Qué quieres! estaba loca; pero todo está olvidado. ¿Acaso podemos vivir el uno sin el otro? Hete á mi lado otra vez; es lo mismo que si nunca nos hubiésemos separado. ¿Verdad que me amas como siempre?

Jorge, que estaba conmovido, bajó la cabeza sin responder palabra.

—Ya sabes tú que yo no dormía ni comía, continuó Isabel riéndose; y mi muerte era indefectible, como no se me hubiese ocurrido la feliz idea de no ahogar por más tiempo los ímpetus de mi corazón y de ser franca y sincera. Pero ¿qué te pasa? ¿por qué guardas ese silencio? ¿No te alegra el verme después de tan larga separación?

—Sí, ya lo sabes.

—¿De qué modo lo dices! ¿Qué casa de campo es esa en que habitas y de la cual no me han dicho el nombre? ¿Qué haces en ella? ¿Pensabas en mí? Tú sabías que tarde ó tem-

prano yo regresaría á ti; porque ¿cómo era posible que sucediese de otra manera?

—Si, con frecuencia pensaba...

—Decididamente te pasa algo; estás aquí como cohibido. ¿Por ventura es demasiado tarde? ¿es que ya no me amas? exclamó Isabel con sobresalto.

—No he dejado de amarte; pero, escucha...

—Nada escucho, como no me ames.

—No es culpa mía, Isabel...

—Vamos á ver, di. En la creencia de que yo no volvería á verte nunca jamás, has tomado una amante, ¿no es eso? Bien, como yo me lo quise, te perdono; no se hable más de ello.

Jorge no despegó los labios.

—¿Qué! ¿todavía hay más? exclamó la de Norcy. Ya, comprendo: como estabas desesperado y necesitabas de consuelo, esa mujer vive contigo y no puedes despedirla sin más ni más. Y quizá te ama, porque ¿quién no te amaría á tí? Todo puede arreglarse; te irás separando de ella poco á poco. Mis derechos son anteriores á los suyos, ya lo sabes; sin embargo, te concedo cuanto tiempo sea menester para llevar á cabo ese rompimiento; no puede exigirse más de mí. ¿Te bastan quince días, un mes, dos? ¿Qué me importa con tal que te vea? Mira, te juro no volver á hablarte de esa mujer en mi vida, ni hacerte cargo alguno; pero vas á separarte de ella, ¿me lo prometes?

—No, Isabel, no puedo prometértelo: ya no podemos continuar viéndonos, á lo menos como en otros días.

—¿Así, pues, no me engañé al dar por sentado que contigo vivía una mujer?

—No.

—¿Y la amas?

—Puede que no tanto como á tí; pero me es imposible separarme de ella.

—¿Por qué?

—Porque... Escucha, Isabel, puse todo mi esfuerzo en conseguir tu perdón; te escribí carta tras carta; me arrepentí, me humillé; hice cuanto me aconsejaban mi corazón y mi delicadeza; y ya sabes tú con qué desesperante silencio me respondiste. ¿Qué mucho, pues, que yo creyera que habías dejado de amarme? Entonces...

—¿Qué?

—Entonces, prosiguió con decisión Jorge después de haberse pasado la mano por la frente, me propuse olvidar del todo, y contraí nuevos lazos, pero ahora indisolubles. Estoy casado.

Isabel dió una voz estridente; no parecía sino que se le había trastornado el juicio.

—¿Casado! ¿casado! repetía la infeliz; ¡usted casado! ¡Oh, desventurada de mí! Y levantando la cabeza, continuó: no, tú mientes; lo que quieres es probarme, estar seguro de que te amo, castigarme. Eres honrado, y como te constaba que al casarte con otra mujer acarrearías mi muerte, antes de contraer esa boda me habrías amenazado con ella. No lo has hecho, luego mientes. Ya ves que todo lo he adivinado. ¡Si supieras el mal que acabas de hacerme! En paz quedamos si yo te lo he inferido. Dime, dime que no es verdad cuanto acabas de manifestarme.

—Es la pura verdad.

—¿Luego has tomado á otra mujer que no á mí! ¡Luego diez años de sacrificios, de abnegación y de amor, mi dolorida existencia, mi honra perdida, mi familia abandonada, todo ha sido inútil, nada ha significado para tí! ¿Y tú, tú hablas de delicadeza y de amor, é imaginas que cuando en el mundo no me quedas más que tú, cuando no me asiste más razón de vivir que tú, voy á renunciar á ti, porque me dices con glacial frialdad que estás casado? ¡Qué! ¿será menester que acabe conmigo misma una vez haya salido de esta casa? Pero no, prosiguió Isabel cuya pasión tocaba á los límites donde empieza la locura; no, ahora no quiero morir; tu vida me pertenece, como te pertenece la mía. ¿Te habría engañado yo, por ventura? ¿me hubiera casado con otro? Y aun cuando así ¿crees tú que para seguirte, si me llamas, no abandonaría yo esposo é hijos como abandoné á mis padres? Peor para esa mujer; ¿por qué se interpone en el camino de mi vida? Tú me amabas antes de conocerla, y te separarás de ella, mal le cause la muerte tu abandono; yo quiero vivir y morir contigo.

—Isabel! murmuró Jorge.

—Recuerda los diez años que hemos pasado juntos. Hay leyes más sagradas que las de los hombres y de la sociedad, y son las del alma y del honor. ¡Qué! ¿los recientes lazos que te unen á esa mujer pueden ser más firmes que los que á mí te sujetan? ¿No me juraste que yo era tu esposa ante

Dios, la vez primera que cedí á tu amor? ¿Has olvidado tu juramento? Pues yo no. Y dime ¿no es tan sagrado para ti el juramento aquel, como el hecho ante un sacerdote? Tú no puedes amar á esa mujer, porque, como tú mismo me decías en tus cartas, siempre estabas pensando en mí; lo que te ha casado con ella ha sido el despecho. Por otra parte, ¿te ama ella? y si te ama, ¿te ama como yo te amo? ¡Imposible! Jorge, mi amado Jorge, quédate conmigo y verás cuánta dicha la nuestra. Escribe á esa mujer que sales de viaje; déjale tus bienes de fortuna, y, como es joven, se consolará. ¿Verdad que consientes? Ea, no se hable más de ello.

Isabel se enjugó los ojos como si quedara estatuído el imposible que apetecía.

¿Quién dijera que en el pecho de aquella mujer tan reposada y apacible, y aun tan fría en la apariencia, ardía de tal modo la pasión!

El tiempo iba avanzando, y Jorge, que tenía necesidad de volverse á su casa, decidió cortar la situación con una sola palabra.

—Adiós, dijo.

Isabel se abalanzó á la puerta, y, con los brazos cruzados, se interpuso entre aquélla y su antiguo amante.

—¡Ah! exclamó la joven ¿esta es tu respuesta? pues bien, hiéreme, márame; pero mientras aliente no pasarás.

—Ea, déjate de ridiculeces, Isabel; me urge el marcharme, profirió Jorge.

—¿Para ir á reunirme á esa mujer?

—Sí.

—¿La amas?

Jorge no respondió.

—Dime que la amas y te dejo libre el paso.

Isabel pronunció con acento tal estas últimas palabras, que su amante no se atrevió á contestar.

—¿No ves como todavía me amas!

—Bueno, sí, te amo, replicó Jorge, decidido á recobrar su libertad; sí, todavía te amo, como lo prueba el que he venido. Pero ¿por qué no me creíste cuando te lo dije, y nos habríamos evitado cuanto pasa, y viviríamos juntos otra vez? Si me he casado, ha sido cediendo á los ruegos de mi familia. A esa mujer nunca la amaré como á ti; pero es mi esposa y no tengo derecho á dañarla, máxime cuando no

me ha dado la más leve ocasión de queja. Con tal que yo te ame, ¿qué te importa que haya en el mundo una mujer que lleve mi apellido? mientras continuemos viéndonos, ¿qué le hace que yo sea marido de otra? ¿y qué se opone á que nos veamos como antes nos veíamos? Mira, Isabel, continuó Jorge oprimiendo entre sus brazos á la joven como en los más venturosos tiempos de su amor, todavía podemos ser dichosos. A ti te consta que no he amado ni puedo amar á otra mujer que á ti; y hasta mi boda es una certificación de mis palabras; porque, ¿no ves en ella la prueba del dolor y de la desesperación en que me abismaba tu abandono? ¿No agoté todos los recursos para inclinarte otra vez á mí? Si yo hubiese dejado de amarte, ¿habría obrado de tal suerte? Al contrario: no te hubiera dicho nada, y me habría casado. Si tu recuerdo no fuese omnipotente en mí, ¿hubiera yo acudido á la cita que me has dado? ¿Por ventura no me era factible marcharme con mi mujer, y dejar que el acaso te informara de la verdad, una vez yo hubiese estado lejos y en lugar ignorado de ti? Vamos á ver, reflexiona un poco, y tranquilízate; todo puede conciliarse en lo presente, esto sin contar que lo venidero puede repararlo todo. Ea, nada ha cambiado; vendré á verte con frecuencia, quizá todos los días: ¿quieres?

Como la nieve á los rayos del sol, la cólera de Isabel iba fundiéndose al calor de las dulces palabras que, entre oportunos besos, profería Jorge.

—Tuya soy, haz de mí según tu voluntad, dijo la de Norcy llorando y abandonándose en brazos de su amante.

El cual condujo al sofá, se arrodilló á sus pies, y añadió á lo que acababa de prometer las primeras pruebas que podía dar. Anudado de esta suerte lo presente con lo pasado, Isabel lo olvidó todo en brazos de aquel hombre, excepto que éste aun podía amarla, y media hora después, risueña y tranquila, le acompañó hasta la carretera, diciéndole:

—Hasta mañana, ¿eh?

Luego se asomó á la ventana y le miró alejarse, hasta que un escarpe del terreno se lo ocultó á la vista.

En cuanto á Jorge, una vez allí, echó á correr, diciendo entre sí:

—Me ha costado, pero llegaré á tiempo.

¿Qué hombre era, pues, Jorge? ¡Toma! ¡un hombre! Si antes engañara á Isabel, era porque ya no le llenaba el amor

de ésta, que, como ya hemos dicho, tenía la grave contra de llevarle diez años, de no ofrecer ya el atractivo de la novedad y de haber amoldado su vida al hábito, que es respecto del corazón lo que el embalsamamiento respecto á la existencia.

Cuando el rompimiento, Jorge, comprendiendo el serio disgusto que debió haber dado á Isabel, se arrepintió sinceramente, y el recuerdo, acompañado de los cargos que él á sí mismo se hiciera, cobró por un instante en su alma toda la fuerza del amor verdadero; así es que hizo humanamente cuanto pudo para conseguir el perdón. Todo se estrelló, sin embargo, como hemos visto, ante la resolución de Isabel.

Entonces fué cuando el tiempo dió principio á su labor; poco á poco el amante fué desviando de lo pasado los ojos, vino la reflexión, y á lo mejor se encontró, sonriendo á un porvenir que le mostraba un nuevo amor, con una novia joven, con una familia. Todavía sintió Jorge algunos remordimientos al pensar en la pobre abandonada, y, de presentarle ésta en aquel momento el ramo de olivo, es probable que le hubiera sacrificado sus nuevas ideas; pero Isabel, á lo menos en la apariencia, persistía en aquella separación, como lo probaba el que había salido de París sin darle á conocer siquiera el lugar para donde había partido. Puso Jorge, pues, el especioso peso de esta última sutileza en el platillo de la balanza, que desde entonces cayó del lado del matrimonio, y se casó á cencerros tapados. Ahora, Isabel le escribió que deseaba verle, sin decirle el por qué, y como no contestar habría sido cruel, y una imprudencia enviarle una carta, se presentó en casa de aquélla resuelto á una explicación franca; pero las cosas rodaron de modo que le hicieron caer en la exaltación que hemos visto. ¿Cómo salir de aquel apuro? Dando á entender que continuaba ardiendo en el mismo fuego, arrancando una postrer prueba de lo pasado y dándola á la pobre mujer como una garantía de lo venidero.

¿Cuál debía ser el primer pensamiento de Jorge tan pronto hubo salido de casa de Isabel? Llegar cuanto antes á la suya para que su esposa no entrara en sospechas; pero, interin, la había engañado.

¡Miren ustedes con qué amorosa solicitud, al llegar á su casa, besa á su mujer! ¡Qué! ¿un hombre que besa de esta

suerte á su cónyuge, puede haberla engañado? No solamente no la ha engañado, sino que acaba de jurarle que para él lo pasado está muerto y bien muerto.

En aquel momento la unión de Jorge y de Isabel semejaba á esos hombres que, heridos por el rayo, permanecen en pie con todas las apariencias de vida, y que uno cree que, al tocarlos, van á despertarse, pero que se deshacen en polvo al apoyar la mano en ellos.

No necesitamos entrar en minuciosidades para explicar y hacer que el lector comprenda lo que siguió á aquella reconciliación vergonzosa: avanzó, tropezando en medio de toda clase de sobresaltos, sospechas, esperanzas, reproches, celos, lágrimas, escándalos, humillaciones y ridiculeces, hasta hacerse imposible; que es adonde había llegado al topar nosotros con Isabel. La cual, á menos de abjurar de todo lo digno, ó de suicidarse, no tenía más remedio que tomar la resolución que tomara, esto es, no sólo romper, sino borrar; no sólo separarse, más también partir. Que es lo que ella decia ocho días después en una de sus cartas á Jaime: «Mi vida ha acabado ya para el amor; lo que me importa ahora es aplicarla en provecho de la amistad.»

XXVIII

La primera carta que desde Carlsbadt escribió Isabel á mi amigo, estaba concebida en los siguientes términos:

«He encontrado á la persona á quien buscaba, y por ella sé donde está la duquesa, á quien voy á reunirme. No dependerá de mí si las cosas no salen á medida del deseo de usted. A lo menos, si yo no soy dichosa, quiero poner todo mi conato en contribuir á la ventura de los que me son queridos.

»Me pongo en camino dentro de dos horas, con el pasaporte de la doncella de la dama vienesa. No me queda otro recurso para llegar adonde la amiga de usted, quien, al parecer, está muy necesitada de consuelos; pero con tal que conduzcan á buen fin, poco importan los medios.

»Le escribiré á usted tan pronto haya visto á la duquesa.

»Tenga usted confianza, ame usted á esa pobre mujer y piense un poco en mí.»

¡Qué buena era Isabel!

La segunda carta estaba fechada en Abany, aldehuela si-

tuada en el camino de Ofen á Hermanstadt, y por las inmediaciones de la cual Jaime, al trasladarse rápidamente de la primera de estas dos ciudades á la otra, había pasado sin sospechar que en ella estaba la mujer á quien iba á buscar tan lejos. Dicha carta decía:

«Por más que yo no pueda darle á usted explicaciones, no quiero engañarle.»

Este comienzo hizo palidecer á Jaime, que no obstante prosiguió leyendo:

«Sea usted animoso, amigo mío.»

—Está muerta, dijo entre sí Feuil, tambaleándose y no atreviéndose á continuar la lectura de la carta.

A mi amigo se le cubrió de gruesas gotas de sudor la frente, se le paralizó el corazón, y hasta cinco minutos después no pudo anudar la lectura.

«La duquesa está gravemente enferma, y me atrevería á decir moribunda, si mi llegada y las noticias que le he traído no la hubiesen literalmente salvado.»

Jaime respiró y dió gracias á Dios; luego leyó con avidez las últimas líneas de aquella carta.

«¡Cuánto ha sufrido la pobre! sólo la esperanza de verle á usted la ha sostenido hasta lo presente. Ahora mismo acaba de contarme cuanto ha pasado desde su salida de Viena y el por qué no pueden ustedes reunirse todavía. ¡Y usted que la acusaba! ¡Ah! ¡como ella lo supiese! pero no, me he guardado muy mucho de decirselo.»

«La historia esa, que verdaderamente Anita no podía comunicársela á usted por escrito, es fatal y terrible; con todo quisiera yo tener para lo porvenir tantas probabilidades de dicha como las que les quedan á ustedes dos si es usted alentado y paciente y está dispuesto á probar á su amiga que continúa usted amándola. Por más que usted haga, no puede venir aquí, y ella no puede reunirse á usted antes de medio año. ¿Tendrá el amor de usted suficiente constancia para aguardar hasta entonces? Sea usted franco, conteste sin ambages sí ó no, y según sea lo que usted diga, la duquesa dispondrá de su porvenir. Tanto si la respuesta es negativa como afirmativa, yo no me separo más de la amiga de usted; y en el segundo caso le prometo á usted restituírsela en el plazo indicado. Escríbame usted á Ofen, lista de correos, pues no conviene que vean llegar aquí ni una carta de Francia. Ya hallaré manera de hacer recoger las que usted me dirija.»

Al pie de la precedente carta, la duquesa había escrito con una temblorosa mano estas solas palabras:

«Usted es la única persona á quien amo en el mundo; ámeme usted. No quiero morir, no moriré sin que le haya visto á usted otra vez.»

Yo, que al llegar la carta de Isabel me encontraba en casa de Jaime, pregunté á éste, después de habérmela dado á leer, qué resolvía.

—Voy á escribir á Anita que la amo y que la aguardo, me contestó mi amigo.

—¿Seis meses?

—Sí.

—¿Estás seguro de pensar como hoy dentro de seis meses?

—Lo estoy.

—Seis meses son muchos días.

—Trabajaré.

—¿Luego lo olvidas todo?

—Nada tengo que olvidar.

—¿Y lo que has sufrido?

—Ya no sufro.

—¿Y lo que te dijo Vladimiro?

—Mintió, y aun cuando hubiese dicho la verdad, nada me importa.

—Bueno, pues, aguarda seis meses, con tal que transcurrido este plazo no volváis á las andadas.

Feuil, por toda contestación, se puso imaginativo, y un instante después escribió lo siguiente:

«Me pide usted que aguarde seis meses más sin explicarme el misterio que nos separa. La amo á usted, y aguardaré.»

—¿Es esto? me preguntó Jaime mostrándome la carta.

—Esto es, le respondí.

—Ahora, prosiguió mi amigo, obremos lealmente.

Al día siguiente, y ya la carta en camino, Jaime se había instalado en el campo con su madre, y diariamente escribía á la duquesa explicándole cuanto le pasaba.

En verdad Feuil amaba á aquella mujer.

Y ella ¿le amaba?

Van ustedes á verlo.

Estamos á primero de diciembre del año en que han acaecido los últimos acontecimientos que hemos dado á conocer. ¿Quieren ustedes acompañarme? Bueno. ¿Ven uste-

des esa vasta planicie cubierta de nieve tan blanca, tan intacta y tan deslumbradora, que en aquella noche sin luna y sin estrellas da luz al cielo en vez de recibirla de él? Nos encontramos á corta distancia de la aldehuela de Abany, situada en el camino de Ofen á Hermanstadt, esto es, en el riñón de Austria. ¿Quién creyera que en medio de aquel desolado desierto existe una casa? ¿qué digo una casa, una quinta? y, sin embargo, es así; á bien que el tal edificio, cuadrado, de robustos, pesados y ennegrecidos muros, más apariencias tiene de cárcel ó de tumba que no de casa de recreo. Con todo, así la denominan, en verano se entiende; porque en invierno, sería por demás irrisorio darle tal nombre, ya que aquel desierto debe de ser inhabitable en la estación de los fríos. Sin embargo, se engaña quien tal cree, y si no, miren ustedes con atención y verán tres ó cuatro ventanas alumbradas, y si se acercan ustedes más, distinguirán sombras humanas que de tiempo en tiempo pasan entre las susodichas ventanas y la luz interior. Tranquilícense ustedes, esta relación nada tiene de fantástica, por más que el lugar se preste á ello y lo haga sospechar el aparato escénico, digámoslo así. Pero franqueemos el enverjado de la quinta y entremos en ella. En el sitio por el cual pasamos, en estío se ve una alfombra de verde césped; esos como tiritones esqueletos que se levantan á derecha y á izquierda y lloran nieve á cada ráfaga de viento, son árboles. Cerremos el enverjado para que no entren los lobos, subamos los fríos peldaños de la escalinata, entremos en el espacioso y desierto vestíbulo; tomemos por la monacal y triste escalera, alfombrada por fortuna, pero no toquemos el pasamano de hierro labrado, que nos helaría los dedos; abramos la gran puerta de la derecha y echemos corredor adelante. Escuchen ¿no les parece á ustedes que están hablando cerca de nosotros? Pues vayamos adonde hablan, ya es hora de que nuestros ojos se posen en seres humanos.

En un caliente y reducido aposento de paredes entapizadas, adornado con elegancia y lujo que debían de estar ustedes muy lejos de esperar, hay dos personas, dos mujetes: la una está acamada y enteramente oculta tras una de las cortinas del lecho, para que la luz de la lámpara colocada sobre la chimenea no le hiera la vista; la otra está sentada á la cabecera y tiene asida una mano á la doliente. ¿Conocen ustedes á esta última?

Si, es Isabel.

¿Y á la otra? ¿No? Miren ustedes con atención, levanten un poco la cortina. Parece que es la duquesa, ¿no es verdad? pero lo parece nada más, porque la pobre está muy pálida, muy flaca, y la última vez que vieron ustedes á Anita, si bien estaba triste y había llorado y sufrido, todavía ostentaba la frescura de la juventud y la lozanía de la vida, en tanto que ahora más semeja á una difunta que á un ser viviente. Sin embargo, es ella, la duquesa.

—¿Sufre usted? le pregunta Isabel.

—Mucho, responde Anita en voz débil y sin hacer el más leve movimiento.

Luego, y tras una pausa, cual si el pronunciar aquella sola palabra la hubiese fatigado, añade:

—¿Está ahí mi padre?

—Sí, señora, con el médico.

—Hágame usted el favor de decirle que entre.

Isabel se levanta, sale por un momento, y, en su lugar, entra un sujeto que frisa en los sesenta, alto, de noble postura y con la frente ceñida de esa corona de canas que infunde respeto.

El anciano se acerca con emoción, con timidez, al lecho de su hija, y tomando á ésta la mano, le pregunta:

—¿Qué tal, hija mía?

—Dentro de algunas horas estaré salvada ó habré sucumbido.

El anciano se estremece.

—Pero antes de que llegase el momento fatal, he querido verle á usted. Dígame, padre, ¿he sido hija obediente?

—Sí.

—¿He hecho cuanto usted me pidió para salvar la honra de su apellido?

—También.

—¿Mis padecimientos serán bastante á expiar la falta que he cometido?

—Así lo creo.

—Mañana, quizás esta noche misma, ya no me corresponderá á mí obedecer, sino á usted el cumplir su promesa.

—La cumpliré.

—Está bien, padre, es cuanto anhelaba saber.

—El duque acaba de llegar, dice el anciano tras un instante de silencio y perplejidad.

Anita no responde.

—Y solicita verte, añade aquél.

—No quiero verle, profiere la duquesa; si muero, él me habrá matado. Dígame usted que le perdono; es cuanto puedo hacer, cuanto puede exigir á una cristiana. Ahora, padre, deme usted un beso, si le place, y que entre otra vez Isabel.

El anciano se inclinó hasta la cabeza de su hija, y después de besarla llorando, se salió del aposento, en el que á poco volvió á entrar la señorita de Norcy.

—Mañana nos ponemos en camino, profirió Anita.

—¡Mañana, señora! ¿lo ha meditado usted bien?

—¿Qué me contestó Jaime cuando, por consejo de usted, le escribí que me aguardara seis meses?

—Que aguardaría. ¿Y qué? aun faltan treinta días para expirar el plazo, y si usted en lugar de cinco meses pidió seis, fué precisamente por evitar lo que usted se propone hacer mañana; para contar con un mes para reponerse usted del acontecimiento que va á consumarse. Echar al mundo un hijo esta noche y partir mañana con estos fríos y esta nieve, al través de esos despoblados, sería matarse.

—¿Cuánto tiempo hace que no hemos recibido carta de Jaime?

—Quince días.

—¿Y su última carta no era por demás breve?

—Cierto es.

—Algo pasa; Jaime ha dejado de quererme.

—¿Qué locura!

—Quizá ame á otra mujer.

—Jaime no piensa más que en usted; pero como él mismo se lo ha escrito á usted, ha trabajado, y su trabajo ha sido el auxiliar de usted. ¿Quién sabe si su labor le ha impedido escribirle á usted con la frecuencia que él hubiera deseado!

—Bueno, le daré una sorpresa; pero partiré mañana. Aquí la zozobra y la aflicción acabarían conmigo. ¿Está ya todo dispuesto para la partida?

—Sí, señora.

—Puede que deje mi vida en la prueba de esta noche; en este caso, parta usted sola, y revelé usted á Jaime toda la verdad. Usted me prometió que así lo haría.

—Y me ratifico en mi promesa; pero...

—Pero usted espera que sobreviviré al trance; también lo

espero yo. Bien me debe Dios esta recompensa. ¿Ha visto usted al duque?

—Le he visto, señora.

—¿Y qué tal? ¿está tranquilo ó agitado?

—Pálido y sombrío.

—Lo creo: no puede uno cometer impasiblemente tamaño crimen. Es imposible que tarde ó temprano no castigue Dios á ese hombre. ¡Ah! ¡cuánto padezco!

A Anita ya no le quedaban fuerzas para hablar. La naturaleza empezaba su inflexible labor.

Isabel salió del cuarto é hizo entrar al médico en él, y por espacio de dos horas aquellas paredes recogieron los ayes de la que iba á ser madre. Luego todo quedó de improviso en el más profundo silencio.

La de Norcy estaba orando en una habitación contigua, donde el padre de la duquesa, inmóvil como una estatua, vertía copioso llanto, y de tiempo en tiempo murmuraba estas únicas palabras:

—¡Perdóname, Dios mío!

En cuanto al duque, que se encontraba solo en el salón, al oír los primeros ayes se estremeció como hombre apoderado del miedo, y sintió ansias de pedir socorro; y es que los remordimientos debían erguirse y girar en torno de él, amenazadores como los fantasmas de una pesadilla. Luego echó á andar de uno á otro extremo de la pieza, pábulo de la mayor turbación y enjugándose sin parar el sudor que le corría por la frente.

Una vez todo hubo quedado en el silencio, el duque se detuvo y quedó cual marmórea estatua, con la boca entreabierta y escuchando con los oídos y con la mirada.

Bien hubiera aquel hombre querido orar, pero su oración habría sido un sacrilegio.

En esto abrióse la puerta, y el duque lanzó á su vez un grito.

El que acababa de entrar en el salón era el médico, el cual, al notar los inútiles esfuerzos que el duque hacía para dirigirle la palabra y adivinando qué quería preguntarle, dijo:

—Es un niño.

—¿Y vivirá?

—Sí.

—¿Y la madre? preguntó el duque respirando por primera vez de dos horas á aquella parte.

—Puede que también viva, respondió el médico.

—Está bien.

El padre de Anita entró á su vez en el salón, y encaminándose en derecha al facultativo, lo abrazó y le dió las gracias, y luego le rogó que se volviese al lado de la paciente.

Ya á solas con el duque, el padre de Anita le dijo con voz digna y firme:

—Todo ha concluido entre nosotros; así lo espero. Nunca jamás volveremos á reunirnos. Sea usted dichoso, si puede.

Interin, la duquesa llena de besos y lágrimas al recién nacido, al que no debe volver á ver nunca más, por tener que llevarse el consigo el duque. ¿Adónde? Adonde se le antoje. ¡Pero aquel niño no es suyo, y él sabe que no lo es, y se lo lleva consigo! ¿Qué quiere, pues, hacer con él? ¿Qué? educarle como un padre educa á su hijo, y cuidar de él, y si el niño está enfermo, lo velará personalmente, y si muere, puede que él le siga. ¿No lo comprenden ustedes? ¿No? Tienen ustedes razón, todavía no lo saben ustedes todo. Pues bien, escuchen ustedes, que van á saber cosas lindas. Cuando mientras el escándalo que precedió en París á la partida ó más bien al rapto de la duquesa, ésta dijo á su marido: «Estoy en cinta», y el duque replicó que no lo creía—¿lo recuerdan ustedes?—el duque faltaba á la verdad, pues no sólo creía lo que su mujer acababa de decirle, más también estaba completamente seguro de ello, y esta seguridad era la que motivaba el rapto.

¿Y eso? me preguntarán ustedes. Tengan ustedes un poco de paciencia; todo se andará. Al escribir á Anita su padre: «Parte para Viena, y yo te prometo que se consumará la separación», y al hacerlo la duquesa, fiada en la palabra de su padre, diciendo á Jaime, al partir, que la aguardara por espacio de quince días en la frontera, aquél, el padre de Anita, esperaba poder llegarse á la capital austriaca en busca de su hija y conducirla nuevamente á París. Al escribir Anita á su amante que se pondría en camino al tercer día, estaba en la firme persuasión de hacerlo; pero cuando el duque dijo á su mujer: «Todavía no estás libre», sabía mejor que persona alguna lo que decía, pues únicamente él poseía la llave del secreto; y ni el padre de Anita, ni Anita, ni Jaime podrían hacer absolutamente nada contra su voluntad. Y el secreto era éste: el duque tenía un tío, como

saben ustedes; el cual tío, diez veces millonario, no tenía más herederos legítimos que el duque y la baronesa. Bien es verdad que el referido tío quería grandemente á la sobrina y ni pizca al sobrino, pero también es lo cierto que anhelaba que su apellido no se extinguiera. Así, pues, y para conciliar sus afectos con los intereses de la familia, entre otras cosas dispuso en su testamento que si á su muerte su sobrino no tenía hijos, todos sus bienes pasaban á su sobrina; lo cual era la manera de casar inmediatamente al duque, que estaba estropeándose la salud en medio de desórdenes y escándalos de todas clases. Entonces fué cuando el duque contrajo matrimonio, pero sin participar á su mujer aquella importante cláusula. Por desgracia la boda fué tardía, pues el duque, por sí, era incapaz de heredar. De ahí que dejara á la duquesa en la más omnímoda libertad, y aun la atizara para que fuese á ver al marqués de Herne, en circunstancias que no habrán ustedes olvidado; porque amándola, como la amaba, el marqués, no sólo podía la duquesa regresar de casa de éste con el recibo de las cien mil pesetas perdidas, más también con los diez millones de la futura herencia. Tan singular combinación no salió bien; pero sobrevino Jaime, y el duque, al igual que la baronesa y Vladimiro, supo las consecuencias de aquellos amores.

¿Comprenden ustedes ahora por qué la baronesa, que sabía que mientras su cuñada no tuviese amante, su hermano no tocaría los diez millones, velaba con tanto afán sobre la virtud de la duquesa, y por qué al saber el estado de Anita, se hizo su amiga y le ofreció su protección para hacer venir al mundo, á escondidas de todos, á aquella malhadada criatura cuyo nacimiento implicaba para ella la pérdida de diez millones? ¿Comprenden ustedes también por qué el duque se había llevado á su mujer, que como esposa no le llevara más que cuarenta mil duros de renta, pero que una vez madre iba á constituirle otra de cien mil?

Me dirán ustedes que el duque, al obrar de tal suerte, cometía una infamia, que era hez y escoria.

Les sobra á ustedes la razón.

¿Y el padre de Anita se hizo cómplice de tal marido? añadirán ustedes.

Por fuerza, pues ignoraba el amor de su hija por Jaime y el resultado de semejante amor.

Sin embargo, el duque le puso al corriente de todo, y luego le dijo:

—Si la separación se consuma ahora, cantaré la verdad, esto es, deshonraré á la hija de usted; pero si no se efectúa hasta después de haber nacido el fruto que aquélla lleva en las entrañas, la perdonaré y la dejaré libre, y la sociedad no sabrá nada de lo ocurrido.

El primer impulso que sintió el padre de Anita fué acabar con la vida del hombre que de tal suerte le hablaba; pero era preciso evitar el escándalo y la deshonra. Así es que la duquesa vió, cuando menos lo esperaba, á su padre hacer causa común con el duque.

¿Podía la amante de Jaime escribir á éste lo que estaba pasando? No; habría sido demasiado asqueroso. Además, Jaime no lo hubiera creído. Anita prefirió, pues, escribirle que estaba enferma, ganar tiempo, y, cuando Isabel se hubo reunido á ella, fiar en el amor de su amante, pedirle un plazo postrero, durante el cual la naturaleza consumaría su labor, sin pararse en los cálculos inmundos que se basaban en su solución.

Ya hemos visto que todo pasó lo mejor posible. Lo que ahora falta á saber es si, por su parte, Feuill había aguardado con paciencia y si continuaba amando á la duquesa. Poco nos costará el saberlo. Vayamos al encuentro de Jaime.

XXIX

Feuill había cumplido su palabra. Después de haber tomado la nueva determinación de aguardar á Anita y habérselo escrito á ésta, partió, como hemos dicho, para el campo y se consagró al trabajo, que si es una necesidad para el artista en su estado normal, se trueca en consuelo en pos de emociones como las que nuestro héroe sintiera. En medio de su amor, únicamente su talento podía infundirle paciencia, tanto más cuanto de algún tiempo á esta parte había recogido impresiones á las cuales no diera expansión, y que quizás ahora le sería dado formularlas en el lenguaje del arte. Todo artista verdadero es egoísta, y contados son los que no utilizan los gozos y las tristezas de su alma en provecho de su nombradía. ¡Al través de cuántos dolores

es menester con frecuencia que haya pasado el artista antes no consigue producir una obra que todos juzgan verdadera! ¡Ah! el público que la lee ó que la escucha, no sabe que el sin ventura ha dejado en su labor un pedazo de su corazón, quizá el más dichoso, siempre el más puro. A eso el público lo denomina inspiración, y cree que ésta se renueva por el hábito, sin menoscabar proporcionalmente á aquel á quien parece llenar. ¡Qué feliz es el público! Sabed vosotros todos los que pertenecéis á esa innúmera falange llamada vulgo, que el ingenio no suele ser más que el último lamento de un dolor insoportable, y que por nuestra parte no admitimos que un mortal que goce de perenne dicha lleve á ser sinceramente un grande hombre.

Por desgracia, ó por fortuna, el arte tiene sus exigencias, sus celos, su dominación tiránica. Se aviene á consolar, pero á condición de absorber. Él da fama perdurable, pero aquel á quien presta alas no vuelve á la tierra. Es todo, ó no es nada. No es una peregrinación al regreso de la cual, tranquilo y aliviado, puede uno anudar sus antiguos hábitos en el punto en que los dejó. No. Cuando uno pide de veras consuelo al arte, le halla, pero llevado hasta el olvido. Si uno llega á las excelsas regiones del arte, y una vez en ellas vuelve el rostro hacia lo pasado, se admira de la pequeñez y mezquindad de las cosas terrenas á que viviera sometido, y no piensa ya en regresar á ellas más que no pensaría en volver á este mundo un alma que hubiese gozado de la posesión del cielo y de la vista del Omnipotente. A proporción que se va avanzando en el arte, se dilatan de tal modo los horizontes, se ensanchan de tal suerte las sendas y el ambiente se hace tan vivaz, que el alma adquiere necesidades desconocidas de espacio, independencia, soledad é inmensidad, y se ahogaría como se viese obligada á circunscribirse á una sola de las estrechas pasiones que en otro tiempo le bastaban. Así es que las decepciones del artista no engendran el dolor, sino el desaliento, ese quid sin consuelo, esa muerte gradual del hombre.

Hasta el día en que Jaime conoció á la duquesa, fué hombre de talento, pero como los hay y los habrá siempre en abundancia, como pueden serlo todos con alguna aplicación, juventud, disposición y sentimiento. Ya hemos visto, al principio de su agradable y distinguida carrera, qué importancia tomó de improviso aquel amor en su existencia, de